

LAS COORDENADAS INTERNACIONALES DE LA INTERVENCIÓN Y LA DIPLOMACIA DEL IMPERIO DE MAXIMILIANO, 1861-1867

*Raúl Figueroa Esquer**

RESUMEN: Se enmarca la historia del Segundo Imperio en México dentro del contexto internacional estudiando la influencia de la situación y los conflictos europeos de la época, la diplomacia que desarrolló Maximiliano y el papel de los Estados Unidos ante la Intervención Francesa.



THE INTERNATIONAL CONTEXT OF THE FRENCH INTERVENTION
AND THE DIPLOMACY OF THE EMPIRE OF MAXIMILIAN, 1861-1867

ABSTRACT: This paper frames the history of the Second Empire in Mexico within the international context, studying the influence of the situation and the European conflicts of the time, the diplomacy developed by Maximilian and the role of the United States before the French Intervention.

PALABRAS CLAVE: Intervencionismo, Estados Unidos, México, potencias europeas.
KEY WORDS: Interventionism, European powers, Mexico, United States

RECEPCIÓN: 01 de noviembre de 2022.
APROBACIÓN: 13 de diciembre de 2022.
DOI: 10.5347/01856383.0144.000307204

* Miembro del ITAM y de la Academia Mexicana de la Historia.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.

LAS COORDENADAS INTERNACIONALES DE LA INTERVENCIÓN Y LA DIPLOMACIA DEL IMPERIO DE MAXIMILIANO, 1861-1867

Para ubicar la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano en la historia de México hay que tener en cuenta la situación europea y americana, así como los cambios trascendentales ocurridos entre 1861 (a finales de este año dio inicio la Intervención Tripartita: Gran Bretaña, Francia y España) y 1867 (año de la caída del Segundo Imperio). La escena internacional durante la década de 1860 se presenta plétórica de acontecimientos que modificaron la correlación de fuerzas de las grandes potencias. Desde el Congreso de Viena de 1815, Europa era regida por lo que se denominó la Pentarquía: Gran Bretaña, Prusia, Rusia, Austria y, gracias al genio de Talleyrand, la nación vencida, Francia. Estas potencias constituían el concierto europeo: “todo con ellas, nada contra ellas”, manejaban en exclusiva las relaciones internacionales y tenían muy claro su lugar en el sistema.¹

Desde 1856, con el fin de la Guerra de Crimea, hasta 1866, la Francia de Napoleón III fue la potencia hegemónica en el ámbito europeo. Con la derrota rusa, el ala oriental europea quedó debilitada y sumida en un proceso de reformas internas.²

¹F.R. Bridge y Roger Bullen, *The great powers and the European states system, 1815-1914* (Londres / Nueva York: Longman, 1980), 1-19.

²Agatha Ramm y Humphrey Sumner, “La Guerra de Crimea”, en *Historia del mundo moderno: El cenit del poder europeo, 1830-1870*, coord. por John Patrick Tuer Bury, trad. por María Casamar Pérez (Barcelona: Ramón Sopena, 1980), x, 357-359.

Ahora bien, en el ala occidental era indiscutible la primacía de Gran Bretaña desde el punto de vista económico, pues era el país más industrializado y constituía el gran mercado de capitales internacionales. Además, poseía la mayor armada y la flota comercial más moderna y numerosa. Sin embargo, desde el punto de vista estratégico, durante esta década emprendió una política internacional llamada a tener una larga tradición: “el espléndido aislamiento” británico. Henry John Temple, vizconde de Palmerston, primer ministro de Gran Bretaña en dos periodos consecutivos (1855-1858 y 1859-1865) lo expresó claramente cuando declaró que su país no tenía aliados eternos ni enemigos perpetuos: “Nuestros intereses son eternos y perpetuos, y es nuestro deber seguir esos intereses”.³

Dentro del concierto europeo, Prusia se empezó a perfilar como gran potencia hegemónica hacia 1863 y, más claramente, en 1866, con la derrota que infringió a Austria en la Guerra de las Siete Semanas. Más adelante profundizaré en estas guerras, que forman parte del proceso de unificación alemana.⁴

Son estos también los años de la lucha por la unificación italiana, casi concluida ese 1866 y definitivamente consolidada en 1870, con la desaparición del poder temporal del Pontificado.⁵

86 | En la misma época, en España prosperó la Unión Liberal encabezada por Leopoldo O'Donnell, un líder moderado dotado de cierta imaginación. Tuvo algunos éxitos, ya que gobernaron de 1858 a 1863, hecho inusitado en la España isabelina, cuando la mayoría de los gobiernos rara vez duraban más de dos años.⁶

Sin embargo, en 1863 el gobierno español se encontraba desgastado, debido, entre otros factores, a las desafortunadas expediciones militares que, esgrimiendo el pretexto de poner en marcha una “política de prestigio”, lo llevaron a intervenir en varias regiones del mundo: Santo

³ Kenneth Bourne, *The foreign policy of Victorian England, 1830-1902* (Oxford: Clarendon Press, 1970), 291.

⁴ John Grenville, *La Europa remodelada, 1848-1878*, trad. por Bárbara McShane y Javier Alfaya (Madrid: Siglo XXI, 1980), 346-383.

⁵ *Ibid.*, 287-330.

⁶ Raymond Carr, *España, 1808-1939*, trad. de Juan Ramón Capella (Barcelona: Ariel, 1970), 254-260.

Domingo, Cochinchina y México. Ninguna fructificó, salvo la de Marruecos, que ensanchó la influencia española por el norte de África. El resto fueron fracasos parciales y, en todo caso, no revivieron las glorias del antiguo Imperio Español.⁷

La Unión Liberal resultó una gran frustración. Ese mismo 1863, O'Donnell fue despedido por la reina. Entre esa fecha y 1868, España fue gobernada por una serie de gabinetes efímeros de signo moderado. Mientras tanto, el Partido Progresista continuaba con su política de retraimiento.⁸

Al fallecer Ramón María Narváez en abril de 1868, lo sucedió su propio ministro de Gobernación, Luis González Bravo, un civil autoritario, características que resultaron una pésima combinación. Una coalición formada por progresistas, demócratas y unionistas encabezó la revolución de septiembre de 1868 que, tras la batalla de Alcolea, derrocó a Isabel II.⁹

Durante 1867, denominado por el historiador británico John Arkas Hawgood *annus mirabilis* (“año de maravillas”), se constituyó la Confederación del Norte de Alemania, se llevó a cabo la segunda reforma electoral en Gran Bretaña y el viejo imperio austríaco se transformó en la monarquía dual danubiana Austria-Hungría.¹⁰

Fuera de Europa, entre 1861 y 1865 tuvo lugar la Guerra Civil Norteamericana, la creación del Dominio del Canadá en 1867 y la terrible Guerra de la Triple Alianza (Brasil, Uruguay y Argentina contra Paraguay). No obstante, en medio de grandes convulsiones, pero también de enormes esperanzas, la década de 1860 en todo el orbe ofrecía un panorama rico en realizaciones y también en frustraciones para diversos pueblos.¹¹

⁷ Nelson Durán de la Rúa, *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina. Una convivencia frustrada, 1854-1868* (Madrid: Akal, 1979), 225-276.

⁸ Ahondo en estos temas en Raúl Figueroa Esquer, “El fallecimiento de Juárez y las reacciones de la prensa madrileña”, en *Presencia internacional de Juárez*, coord. por Patricia Galeana (Ciudad de México: ARISI / CEHM Carso, 2008), 145-146.

⁹ Vicente Palacio Atard, *La España del siglo XIX, 1808-1898* (Madrid: Espasa-Calpe, 1978), 299-309.

¹⁰ John A. Hawgood, “El liberalismo y el desarrollo constitucional”, en *Historia del mundo moderno*, x, 155-156.

¹¹ Raúl Figueroa Esquer, “El tiempo eje de México, 1855-1867”, *Estudios* x, núm. 100 (2012): 38.

México y las potencias extranjeras, 1861-1864

Los acontecimientos internacionales complicaron aún más la difícil situación del gobierno de México, cuyo presidente era Benito Juárez. Durante la Guerra Civil de Estados Unidos, el gobierno mexicano fue objeto de cierto cortejo tanto de los Estados Confederados como de la Unión: los primeros enviaron un agente a México, John T. Pickett,¹² en tanto que Washington nombró a Thomas Corwin como ministro plenipotenciario.¹³ Obviamente, el gobierno liberal juarista se sentía identificado con la causa de la Unión; su ideología lo ligaba claramente al Partido Republicano de 1861. Como señala Josefina Zoraida Vázquez, la Confederación significaba la esclavitud y el expansionismo territorial y ambos, combinados, habían tenido un papel fundamental en la pérdida de más de la mitad del territorio por medio del Tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848. No obstante, México no podía desconocer la existencia de la frontera al norte con los Estados Confederados.¹⁴

Pickett tuvo una misión azarosa en México, pues cometió todo género de indiscreciones, ofendió la dignidad de este país, provocó un escándalo al enfrentarse a puñetazos y en público con un ciudadano norteamericano, fue hecho prisionero por las autoridades mexicanas y conminado a salir del país. Por otra parte, su correspondencia, dirigida a Richmond, capital de la Confederación, fue interceptada por el correo mexicano y enviada a Corwin”.¹⁵

Sin embargo, no todo fue hostil en México para los confederados ni se actuó siempre en detrimento de su causa. El cacique norteño Santiago Vidáurri estableció un próspero comercio con los sudistas. Matamoros

¹² José Fuentes Mares, “La misión de Mr. Pickett”, *Historia Mexicana* 44, 11, núm. 4 (1962): 487-518.

¹³ Marcela Terrazas Basante, “Thomas Corwin (1861-1864)”, en *En el nombre del Destino Manifiesto: Guía de ministros y embajadores de Estados Unidos en México, 1825-1993*, coord. por Ana Rosa Suárez Argüello (Ciudad de México: Instituto Mora / Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998), 109-117.

¹⁴ Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos* (Ciudad de México: FCE, 1994), 83-84.

¹⁵ Figueroa Esquer, “El tiempo eje”, 39.

se convirtió prácticamente en un puerto de la Confederación, por el que recibía materias primas mexicanas o europeas importadas por México. Para el país, era obvio que un triunfo de los Estados Confederados supondría un peligro para su propia seguridad, ya que buscarían expandirse hacia el sur.¹⁶

En 1861 surgió un asunto más grave para México. El desastre de la Hacienda Pública obligó al presidente Benito Juárez a promulgar la Ley del 17 de julio de 1861, la cual decretaba una suspensión de pagos de dos años, es decir, una moratoria, de los dividendos de la deuda que se tenía con tres países: Gran Bretaña, Francia y España. Esta medida provocó una respuesta europea: la Convención de Londres del 31 de octubre de 1861,¹⁷ en la que esas potencias se comprometieron a presentarse en México con fuerzas navales y militares, con el fin exclusivo de obligarlo a reconocer sus deudas.¹⁸

Para entender en su justa dimensión la intervención europea en México es necesario analizar lo que sucedía en aquel continente. Ya dijimos que la Francia de Napoleón III se había convertido desde 1856 en el árbitro de los asuntos europeos. En 1859 intervino en la Guerra de Italia a favor del reino del Piamonte y en contra de Austria, y logró expulsar a los austriacos de Lombardía, lo cual inició la unificación italiana. Aunque Napoleón III ya no intervino militarmente, sí actuó como árbitro hasta 1866.¹⁹ Por otra parte, en 1860 el emperador de los franceses firmó un tratado de libre comercio con Gran Bretaña, por lo cual las relaciones de Francia con la primera potencia mundial eran espléndidas.²⁰ Todo lo anterior presagiaba que la Convención de Londres sería coronada con

¹⁶ Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera: los Estados Confederados de América y su política exterior hacia México, 1861-1865* (Ciudad de México: Instituto Mora, 2001).

¹⁷ La versión más fiel en español del convenio firmado en la convención es: “Convenio celebrado entre España, Francia y la Gran Bretaña para ejercer su acción común en Méjico, firmado en Londres el 31 de octubre de 1861”, en Florencio Janer, *Tratados de España. Documentos internacionales del reinado de doña Isabel II, desde 1842 a 1868* (Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta, 1869), 244-245.

¹⁸ Justo Sierra [y Carlos Pereyra], *Juárez: su obra y su tiempo*, pról. y notas por Martín Quirarte (Ciudad de México: Cámara de Diputados, 1972), 225-360.

¹⁹ Grenville, *La Europa remodelada*, 287-330.

²⁰ Paul Farmer, “El Segundo Imperio en Francia”, en *Historia del mundo moderno*, x, 336.

el éxito.²¹ Sin embargo, como es bien sabido, Napoleón III tenía otro propósito con relación a México: transformar las instituciones republicanas e instaurar una monarquía.

A la llegada de las fuerzas expedicionarias, Juárez ordenó que no se opusiese resistencia, por lo que ocuparon el puerto de Veracruz entre diciembre de 1861 y enero de 1862. Se invitó a los jefes expedicionarios a sostener conversaciones en una hacienda cerca de Orizaba, donde la diplomacia mexicana, representada por Manuel Doblado, obtuvo un gran triunfo al concretar los Tratados de la Soledad, que significaron el retiro de Gran Bretaña y España. En cambio, Francia persistió en su objetivo. El ejército francés, al mando del general Lorencez, sufrió una derrota al intentar tomar la ciudad de Puebla el 5 de mayo de 1862. Explica Josefina Zoraida Vázquez: “En la actitud de la nación ante esta nueva invasión extranjera se hacía evidente el cambio sufrido desde la derrota frente a los norteamericanos. La nueva conciencia nacional facilitó la movilización e incluso el intento francés de tomar Puebla se convirtió en una derrota inicial”.²² Por su parte, el general Zaragoza, comandante de las fuerzas mexicanas, libró una batalla doble: contra el ejército francés y contra una ciudad que era hostil a la causa republicana.

El gobierno de Juárez enfrentó en solitario la Intervención Francesa, pese a que hubo muestras de simpatía para la causa republicana por parte de los diplomáticos de algunos países latinoamericanos, los cuales llegaron incluso a solicitar la mediación de William H. Seward, secretario de Estado estadounidense, pero la contienda interna al norte del Río Bravo le impedía tomar una posición a favor de los republicanos de México. Seward se decidió por la neutralidad.

Fernando Iglesias Calderón señaló que esta situación de colocarse al margen fue muy relativa: Estados Unidos asumió una actitud de egoísmo durante la Intervención Francesa.²³ Seward era un expansionista, repre-

²¹ El estudio más pormenorizado que conozco sobre la Convención de Londres, su laboriosa gestión y sus consecuencias es el libro de Carl H. Bock, *Prelude to tragedy: The negotiation and breakdown of the Tripartite Convention of London, October 31, 1861* (Filadelfia: University of Pennsylvania, 1966).

²² Vázquez y Meyer, *México frente a Estados Unidos*, 85.

²³ Fernando Iglesias Calderón, *El egoísmo norteamericano durante la Intervención Francesa* (Ciudad de México: Imprenta Económica, 1905).

sentaba el ala derecha del Partido Republicano y no compartía el idealismo de Abraham Lincoln. El ejército francés, después de la derrota que sufrió en Puebla el 5 de mayo de 1862, pudo comprar parte del equipo necesario para invadir México en puertos de la Unión y, con ello, realizar el segundo sitio de Puebla al año siguiente.

La ciudad resistió el sitio durante más de dos meses hasta que, a finales de mayo de 1863, cayó en poder del ejército francés, comandado por el general Federico Forey. Son interesantes las reflexiones de Francisco de Paula de Arrangoiz sobre la resistencia, comparándola con la pobre que hicieron los generales franceses en la guerra franco-prusiana. Tómese en cuenta que el autor fue un destacado intervencionista mexicano.

Sesenta y dos días se defendió Puebla, plaza sin murallas con fosos poco profundos y no por todos lados. Al ver que Estrasburgo y Metz dos de las más fuertes de Europa, se rindieron a los treinta y ocho días la primera y a los setenta y dos la segunda y que en Metz era casi igual la fuerza sitiada a la sitiadora, debe considerarse como uno de los más bizarros y más notables hechos militares de nuestros días, la defensa de Puebla, en la cual un general improvisado, pues no era [militar de carrera], les dio un ejemplo, que no han imitado, a los generales Ulrich, Bazaine y a otros que han mandado plazas fuertes en la guerra franco-prusiana, destruyendo e inutilizando González Ortega antes de rendirse cuantas armas portátiles y cuantos cañones pudo.²⁴

Juárez decidió no oponer resistencia a los invasores en Ciudad de México y trasladó la capital a San Luis Potosí el 31 de mayo. A partir de este momento hubo dos poderes en México: el Segundo Imperio y la República, que fue acorralada, pero nunca vencida.

²⁴ Francisco de Paula de Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867* (Ciudad de México: Porrúa, 1968), 534-535.

La diplomacia del Segundo Imperio, 1864-1867.

“La creación de una diplomacia de aparato”²⁵

Si bien el Segundo Imperio tuvo una diplomacia propia y dirigida en buena parte por el propio emperador, no podemos precisar que se haya contado con una política exterior definida. Su primordial objetivo fue obtener el reconocimiento de la nueva monarquía, sobre todo por parte de las potencias europeas, “para la mayor parte de las cuales la cuestión de México revestía un carácter periférico”.²⁶ Maximiliano utilizó todos los nexos familiares de la dinastía de los Habsburgo. Partió del supuesto de que, al ser miembro de esta centenaria y prestigiosa casa imperial y tener relaciones de parentesco con diversos monarcas europeos, se facilitarían las relaciones del Imperio.

¿Cuándo podemos afirmar que se inició la diplomacia de Maximiliano? Las fechas, grave problema para los historiadores, son convencionales, pero nos apoyaremos en una para iniciar este breve relato y reflexión. Para ello, debemos prescindir de los arreglos que tuvieron lugar para que aceptara en Miramar el trono de México, que se iniciaron en 1861.

92 | Así, el 10 de abril de 1864, en Miramar, Maximiliano realizó los primeros nombramientos de su servicio exterior: José Manuel Hidalgo, representante en París ante su patrocinador, Napoleón III, autor de la intervención de Francia en la política interna mexicana;²⁷ Tomás Murphy, ministro ante la corte de Viena, es decir, ante su hermano el emperador

²⁵ Tomo este título de Lilia Díaz, “El liberalismo militante”, *Historia General de México: Versión 2000* (Ciudad de México: El Colegio de México, 2000), 618.

²⁶ Agustín Sánchez Andrés, “La diplomacia hispano-mexicana: De la intervención tripartita a la caída del Imperio”, en *España y el Imperio de Maximiliano*, comp. por Clara E. Lida (Ciudad de México: El Colegio de México, 1999), 125.

²⁷ Comenta Víctor Villavicencio Navarro: “Hidalgo fue designado ministro del nuevo imperio en París y esa misma noche salió rumbo a su destino. Llegó a la capital francesa el 14 de abril y tres días después fue recibido en audiencia oficial en las Tullerías para la presentación de sus cartas credenciales. Es fácil suponer lo complacido que debieron mostrarse los emperadores franceses, ya que tendrían cerca de ellos al que había sido su íntimo colaborador”. Víctor Villavicencio Navarro, “José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar, un monarquista semiolvidado”, en *El imperio napoleónico y la monarquía en México*, coord. por Patricia Galeana (Ciudad de México: Senado de la República / Gobierno del Estado de Puebla / Siglo XXI, 2012), 76.

Francisco José de la Casa de Habsburgo, cabeza del Imperio Austriaco;²⁸ Ignacio Aguilar y Marocho, ministro ante el Estado Pontificio, residente en Roma, donde ocupaba la sede apostólica el papa Pío IX;²⁹ y finalmente, Francisco de Paula de Arrangoiz y Berzábal, ministro ante el rey de los belgas, Leopoldo I, con la comisión de que una vez reconocido el Imperio por la Gran Bretaña, también fuese ministro en Londres.³⁰

Estos primeros nombramientos diplomáticos tenían propósitos concretos. El encargo de Hidalgo era el más importante de todos. Murphy por su parte, era un contacto imposible de evadir en la corte de los Habsburgo, donde Maximiliano era segundogénito de la corona y el tercero en el orden sucesorio. Un día antes de su entronización, el archiduque había tenido que ceder al llamado Pacto de Familia, por el cual quedó desprovisto de sus derechos de nacimiento al haber aceptado la corona de un país lejano. Sabemos que el archiduque y después emperador nunca estuvo de acuerdo y desde su viaje a México en la fragata Novara, que lo trasladó junto a Carlota, se mostró inconforme e inclusive redactó protestas, pues aseguraba que su renuncia a los derechos dinásticos que como Habsburgo le correspondían le había sido extraída por la fuerza.

El representante del Imperio en Roma, Aguilar y Marocho, sin lugar a dudas el conservador más ilustrado de la Junta de Notables de 1863, fue también el autor del “Dictamen sobre la monarquía como forma ideal de gobierno para México”.³¹ Este abogado michoacano debería de

²⁸Arnold Blumberg, *The diplomacy of the Mexican Empire, 1863-1867* (Filadelfia: The American Philosophical Society, 1971), 19 y 42; Murphy terminó su misión en junio de 1865 y fue sustituido por Gregorio Barandiarán, quien presentó sus credenciales en Viena el 20 de junio de 1865 y allí residió hasta el fin del Imperio de Maximiliano. Archivo Histórico Genaro Estrada (en adelante AHGE), Archivo de la Embajada de Francia en México (en adelante AEMF), legajo 45, exp. 687, documento 18830; AEMF, legajo 45, exp. 687, documento 18834. L-E-1686 (16), AHGE, f. 244. Documentos citados por Patricia Galeana, *La disputa por la soberanía, 1848-1876* (Ciudad de México: Senado de la República, 1990), 429.

²⁹Blumberg, *The diplomacy*, 19.

³⁰Raúl Figueroa Esquer, “Francisco de Paula de Arrangoiz. Intervencionista mexicano (1841-1865)”, en *El impacto de la Intervención Francesa en México*, coord. Patricia Galeana (Ciudad de México, Siglo XXI, 2011), 81.

³¹El título del documento completo es el siguiente: “Dictamen acerca de la forma de gobierno que para constituirse definitivamente conviene adoptar en México. Presentado por la comisión especial que en la sesión del 8 de julio de 1863 fue nombrada por la Asamblea de No-

representar los intereses del novel imperio ante Pío IX, el enemigo jurado del liberalismo y la secularización del Estado, no solo de México. El Papa, además, vivía angustiado por el avance del proyecto político saboyano: la unificación italiana.

Desembarcado en Veracruz en mayo de 1864, Maximiliano aún carecía del reconocimiento diplomático por parte de Gran Bretaña y España, que habían seguido una conducta muy parecida al retirarse en México y retardar el reconocimiento tanto de la Regencia como del Segundo Imperio.

Particularmente en el caso de Gran Bretaña, Palmerston, presionado por el Parlamento, puso varias objeciones al reconocimiento del Imperio: dudas acerca de la legitimidad de la elección de Maximiliano por el pueblo de México, la disposición a reconocer los compromisos económicos de ese país hacia los tenedores de bonos ingleses y la estabilidad del nuevo régimen. No fue sino a finales de 1864 que, tras difíciles negociaciones, Arrangoiz fue admitido como ministro plenipotenciario y pudo ser recibido en Londres.³² Los británicos correspondieron enviando a Peter Campbell Scarlett como ministro en México, un diplomático con amplia experiencia, puesto que formaba parte del servicio exterior británico desde 1825. Acostumbrado a residir en países políticamente inestables, había desempeñado su última misión en Atenas, donde fue testigo del destronamiento del rey Otón. Campbell nunca ocultó su antipatía por Estados Unidos, e incluso consideraba a los Estados Confederados como “aliados naturales” de México. Debido a que entre él y Maximiliano hubo un buen entendimiento, se entrometió abiertamente en la política interna mexicana.³³

Por su parte, el gobierno de España recibió a Francisco Facio como ministro del imperio en Madrid en septiembre de 1864, quien fue sustituido el 7 de diciembre de 1865 por Aguilar y Marcho hasta los últimos

tables reunida en cumplimiento del decreto del 16 de junio último, firmado por Aguilar, Velázquez de León, Orozco, Marín y Blanco”, México, 10 de julio de 1863. Centro de Estudios de Historia de México, Carso, fondo IX-1, carpeta 1, legajo 9. Citado por Víctor Villavicencio Navarro, “‘Gloria, honor y prosperidad para México’: El conservadurismo monárquico a través de la vida de Ignacio Aguilar y Marocho”, (tesis de maestría, UNAM, 2009), 68.

³² Figueroa Esquer, “Francisco de Paula de Arrangoiz”, 81-84.

³³ Blumberg, *The diplomacy*, 33.

días del Imperio.³⁴ El representante de España en México, Juan Jiménez de Sandoval, marqués de la Ribera, no fue recibido por Maximiliano hasta abril de 1865. Por diversas causas, las relaciones entre España y el Segundo Imperio fueron difíciles.³⁵

En América, sin duda Estados Unidos era una pieza clave, y es necesario precisar su papel durante la Intervención y el Imperio. Ciertamente, el gobierno estadounidense siempre reconoció como único gobierno legítimo de México al republicano, por lo que acreditó a su representante Matías Romero como ministro plenipotenciario en Washington en septiembre de 1863. Romero se vio en la necesidad de llevar a cabo una diplomacia muy atenta y vigilante en esta ciudad. Me atrevo a afirmar que si el secretario de Estado William Seward no rompió con la República y nunca reconoció al Imperio fue por no renunciar a la Doctrina Monroe, principio de la política exterior estadounidense, y por la influencia de Lincoln. En público, Seward se presentaba como un republicano radical, renuente a sostener el menor trato con el Imperio, pero “en conversaciones privadas con diplomáticos extranjeros se mostraba tolerante con la monarquía mexicana y concedía a los imperialistas cierto grado de esperanza”.³⁶ En 1865, tras el fin de la Guerra Civil y el triunfo de la Unión, Lincoln fue asesinado y su sucesor, Andrew Johnson, dejó la política exterior en manos de Seward.

La derrota confederada tuvo repercusiones para la política social de Maximiliano. La cuestión de los peones en México fue atendida con cierto carácter avanzado por parte de las autoridades imperiales. Carlota misma tomó decidida participación como coautora del decreto del 1 de noviembre de 1865, que pretendía mejorar su situación y proteger a los campesinos. No obstante, el programa social de Maximiliano fue muy contradictorio, pues al lado de este decreto, dos meses antes, el 5 de septiembre, promulgó otro que restableció la esclavitud en México.³⁷ Tal

³⁴ Villavicencio Navarro, “Gloria, honor y prosperidad”, 106.

³⁵ Andrés Sánchez, “La diplomacia hispano-mexicana”, 151-160; Adriana Gutiérrez Hernández, “La colonia española en la Ciudad de México durante el imperio de Maximiliano” (tesis de licenciatura, UNAM, 2001), 89-148.

³⁶ Blumberg, *The diplomacy*, 79.

³⁷ Luis Chávez Orozco, *Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México, 1865-1866* (Ciudad de México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1961), 90-91. Véase también: Figueroa Esquer, “El tiempo eje”, 43.

vez una de las explicaciones estriba en el hecho de que un grupo de derrotados confederados se trasladó a México y recibió una cordial recepción por parte del emperador, quien les autorizó el traslado de sus esclavos. Se elaboraron planes de colonización e incluso el Imperio expidió el decreto arriba aludido que, al permitir una restauración encubierta de la esclavitud, abrió las puertas de México a los antiguos confederados y, a la postre, habría asegurado la pervivencia de su “singular institución” unos grados más al sur.

Por otro lado, como defensor de la soberanía de México, Maximiliano dio su mayor prueba del compromiso con su nueva patria al oponerse sutilmente a los planes de colonización de Sonora que tenía William M. Gwin, exsenador estadounidense, sudista y ennoblecido con el título de duque por Napoleón III, quien pensaba utilizar al rocambolesco personaje para establecer un protectorado francés en ese estado. Ana Rosa Suárez Argüello ha explicado meticulosamente cómo Maximiliano pasó de la desconfianza al aplazamiento y, finalmente, al rechazo del plan.³⁸ Como se aprecia, la política imperial estuvo plagada de contradicciones.

En el resto del continente americano, únicamente dos países reconocieron a Maximiliano: el Brasil imperial de don Pedro II, que, si bien recibió al enviado de Maximiliano, Pedro Escandón, al parecer después lo ignoró (Escandón renunció a su cargo en enero de 1866).³⁹ Por su parte, el gobierno de Guatemala reconoció oficialmente al Imperio de Maximiliano; no obstante, como afirma Patricia Galeana: “Durante el Imperio en el año de 1864, Maximiliano nombra a José Vicente García Granados, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, sin embargo, no se encontraron documentos que prueben que esta persona se haya acreditado ante el gobierno de Guatemala”.⁴⁰ Tampoco hay testimonios de ningún diplomático guatemalteco acreditado ante la Corte de Maximiliano.

Con el resto de Europa, la política exterior imperial resultó infructuosa. Dinamarca, Suecia y el recientemente formado reino de Italia enviaron

³⁸ Ana Rosa Suárez Argüello, *Un duque norteamericano para Sonora* (Ciudad de México: Conaculta, 1990)

³⁹ Blumberg, *The diplomacy*, 26.

⁴⁰ AHGE, L-E-1686 (16), f. 244. Citado en Galeana, *La disputa por la soberanía*, 446-447.

representantes ante Maximiliano, aunque en realidad las representaciones sueca y danesa fueron visitas cortas de carácter protocolario y nunca se establecieron relaciones plenas. Otros países ni siquiera correspondieron al Imperio con el envío de representantes, como fue el caso de Holanda y de Rusia.

Caso particular fue el de Prusia, una potencia en ascenso en el concierto europeo. Ya desde la misión de Otto von Bismarck como embajador de Guillermo II en París en 1861, podemos atisbar la actitud del país hacia el Imperio de Maximiliano, gracias a las palabras pronunciadas por quien sería el unificador de Alemania, al referirse a la Intervención Francesa en México como “un error flagrante y una fabulosa estupidez”.⁴¹ Gregorio Barandiarán fue el diplomático mexicano quien, a nombre del Imperio, presentó sus cartas credenciales en Berlín, con el cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, antes de hacer lo mismo en Viena.⁴² Por algún motivo desconocido, Bismarck, ahora como canciller de Prusia, tardó en enviar un diplomático acreditado. Por fin, en enero de 1866, llegó a México Anton von Magnus, con el cargo de ministro residente, lo cual significaba en la diplomacia del siglo XIX que era un jefe de misión de segunda clase. Maximiliano consideró que ese nombramiento era inferior al reino que representaba. Así se lo comunicó a Bismarck y le pidió que el nombramiento fuese de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario. El *junker* de Pomerania no hizo menor caso.⁴³ En el contexto de la Guerra de la Siete Semanas entre Prusia y Austria de 1866, las relaciones de von Magnus con Maximiliano fueron sorprendentemente cordiales, e incluso cuando tuvo lugar el drama de Querétaro fue el diplomático extranjero quien más se esforzó por lograr el indulto para el derrotado emperador, tanto ante Juárez como con Sebastián Lerdo de Tejada.

⁴¹ Carl Grimberg, *El siglo del liberalismo: la eclosión de la democracia política*, trad. por Manuel Tamayo et al. (Ciudad de México: Daimon, 1987), 161.

⁴² Citado en Galeana, *La disputa por la soberanía*, 427.

⁴³ *El ocaso del Imperio de Maximiliano visto por un diplomático prusiano: los informes de Anton von Magnus a Otto von Bismarck, 1866-1867*, ed. por Konrad Ratz, trad. de Wolfgang Ratz (Ciudad de México: Siglo XXI, 2011), 18-19.

Un caso particular: Francisco de Arrangoiz

Arrangoiz fue nombrado ministro de México en Bruselas, Londres y, más tarde, en el reino de los Países Bajos, en calidad de ministro concurrente. Presentó su renuncia el 13 de abril de 1865, respetuosa y atenta, pero enérgica a la vez, criticando la política liberal de Maximiliano. En una larga carta censura, cuidando las formas, la política exterior e interior del emperador. A Arrangoiz le parecieron particularmente reprobables tres actos: el discurso del 16 de septiembre de 1864, en el cual alababa a los insurgentes; la carta del ministro de Justicia Pedro Escudero y Echánove contra el papa, y la protesta de Maximiliano contra la renuncia que hizo en Miramar a sus derechos al trono de Austria.⁴⁴

Por otra parte, Arrangoiz, quien para esas fechas ya era un diplomático experimentado, criticó duramente la forma en que sus gestiones eran desatendidas por el gobierno imperial.

En el desempeño de mis funciones como ministro plenipotenciario, he tenido ratos muy desagradables, causados porque, ni por el Gabinete de V.M. ni por el Ministerio de Negocios Extranjeros, se contesta a mis despachos, ni se resuelven los negocios que se les someten. Todavía no sé hoy oficialmente si V.M. se dignó aprobar mis pasos en el negocio de la correspondencia que llevan los vapores ingleses, ni se me ha contestado a una sola pregunta sobre instrucciones a los cónsules; se nombran cónsules generales y particulares en donde no se necesitan; no se sabe cuáles son las funciones que han de ejercer unos y otros; no se me envían aranceles, ni se contesta a las solicitudes o propuestas que se dirigen a V.M. por particulares. Nunca hubo, señor, mayor desorden y bajo el pie que está al servicio, considero un gasto absolutamente inútil el de la Legación en Londres.⁴⁵

Independientemente de las discrepancias ideológicas que mantuvo con el gobierno de Maximiliano, y en las que varios autores han hecho hincapié, cabe resaltar que influyeron en su renuncia otros factores, más

⁴⁴ Carta de Arrangoiz al emperador, Londres, 13 de abril de 1865. En Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, 686-691. La carta está citada en Benito Juárez: *documentos, discursos y correspondencia*, selec. y notas por Jorge L. Tamayo (Ciudad de México: Secretaría del Patrimonio Nacional, 1966) IX, 775-781.

⁴⁵ *Ibid.*, 780.

relacionados con la ineficiencia del gobierno imperial, como lo expuesto en la anterior cita textual. Es muy difícil precisar los motivos del alejamiento de Arrangoiz de Maximiliano y qué peso tuvo cada asunto: el desagrado con la política liberal o el hecho de que la parte administrativa era un caos, según Francisco de Paula, especialmente en las instrucciones y atenciones que demandaba la política exterior. Una buena porción de la correspondencia enviada por Arrangoiz al Ministerio de Negocios Extranjeros de México fundamenta sus afirmaciones.⁴⁶ Ni Maximiliano, a quien la carta de renuncia iba dirigida, ni José Fernando Ramírez dieron respuesta. El único testimonio con el que contamos es una escueta nota en el expediente personal de Arrangoiz, en la cual el ministro dimitente informa desde París a Ramírez: “Cumpliendo con las órdenes de S.M. el emperador, entregué los archivos de las legaciones al señor marqués de Corio, y le presenté a los señores ministros de Negocios Extranjeros de Bélgica, Inglaterra y los Países Bajos. Remito a V.E. mis cuentas.”⁴⁷

Arrangoiz presentó su carta de despedida a lord Russell, secretario de la Foreign Office, el 16 de junio de 1865.⁴⁸ Cuando llegó a París sin cargo oficial, se produjeron diversas especulaciones al respecto. No hizo ningún intento por disimular su profundo desencanto con Maximiliano. Por el contrario, externó fuertemente su crítica insistiendo en algunos de los puntos arriba expuestos: el anticlericalismo de Maximiliano, además de su política respecto a la Santa Sede; el arrepentimiento respecto a la renuncia que había hecho de sus derechos al trono austriaco; finalmente, Arrangoiz, según John Bigelow, ministro estadounidense en París, se quejaba de la duplicidad de Maximiliano, pues a la vez que presentaba dicha renuncia como obligada, enviaba enormes sumas de dinero para las reparaciones de su Palacio de Miramar, lo que constituía una doble traición hacia México. De todo lo anterior, Bigelow dio cuenta pormenorizada a Seward.⁴⁹

⁴⁶ Archivo General de la Nación. Ramo México Independiente, libros de Gobernación y Relaciones Exteriores, siglo XIX, caja 87.

⁴⁷ De Arrangoiz a [José Fernando Ramírez], ministro de Negocios Extranjeros de México, París, 30 de junio de 1865. AHGE, L-E-1795, f. 429.

⁴⁸ De Arrangoiz a Russell, 16 de junio de 1865; Russell a Arrangoiz, 19 de junio de 1865, Londres, PRO, FO, 50/391. Citado en Blumberg, *The diplomacy*, 43.

⁴⁹ Despacho 135, de Bigelow a Seward, París, 30 de junio de 1865. National Archives, College Park, Maryland, M-34, Roll. 61.

Europa entre 1864 y 1867

Entre 1864 y 1867, el Viejo Continente estaba inmerso en los procesos de unificación de Italia y Alemania. Para entender este contexto es necesario abordar con cierto detenimiento dos guerras europeas.

La Guerra de los Ducados

El Tratado de Londres de 1852 resolvió el problema de la sucesión de Dinamarca debido a que el rey Federico VII no tuvo hijos varones que le sucedieran. Las potencias reunidas en Londres decidieron que el sucesor sería Cristian de Glücksburg. Sin embargo, no le fueron otorgados los ducados de Schleswig y Holstein, de los cuales Federico VII era soberano a título personal, es decir, no formaban parte de la corona danesa.⁵⁰

Otto von Bismarck, canciller de Prusia, pudo haber apoyado la candidatura del hijo del duque de Augustenburg en Holstein para asegurar ese territorio. Esta candidatura había sido propuesta por varios Estados alemanes de la Dieta (institución que funcionaba como una especie de parlamento de los príncipes de los 39 estados que conformaban la Confederación Germánica, creada en 1815), pero Bismarck tenía otra estrategia en mente. Decidió respetar la soberanía del nuevo rey danés sobre el territorio de la Península de Jutlandia, pero no sobre Schleswig y Holstein, y persuadir a Austria de hacer lo mismo para finalmente, en enero de 1864, convencer al gobierno austriaco de firmar una alianza en contra de Dinamarca.

Precisamente mientras tenía lugar la movilización de tropas austriacas, hay un testimonio de Francisco de Arrangoiz, quien en ese momento era uno de los intervencionistas mexicanos y formaba parte del séquito de Maximiliano y Carlota en un viaje que realizaron a Viena. La travesía fue con motivo de “arreglar sus intereses y asuntos particulares y de familia”. Arrangoiz relata “que probablemente se le harían preguntas sobre las cosas de México, a algunas de las cuales [Maximiliano]

⁵⁰ Grenville, *La Europa remodelada*, 366-367.

no sabría contestar, y quería tener a su lado un mexicano que hablara el francés, para que le sacara de apuros, y a quien pudiera presentar a su hermano el Emperador, para que impusiera bien a S.M. las cuestiones mexicanas”.⁵¹

Don Francisco refiere que llegaron a Viena el 13 de enero y que permanecieron quince días en dicha capital imperial:

En ese tiempo salieron tropas de aquella capital para la guerra contra Dinamarca. Estando, viéndolas formadas en la plaza del Palacio Imperial me preguntó S.A. que opinaba de aquella guerra: le dije que no veía que ventajas podía traerle a Austria. *¡Ventajas! Contestó S.A.; es una tontería lo que hace este Gobierno; tendrá pronto guerra con Prusia y sabe Dios cuáles serán las consecuencias para Austria.*⁵²

El corolario de esta historia fue que las tropas de Austria y Prusia derrotaron al débil ejército danés en abril. Sin apoyo de ninguna potencia, Dinamarca pidió la paz, que se firmó en agosto de 1864 y que significó la pérdida de los ducados de Schleswig y Holstein.

Por una vez, Maximiliano fue clarividente al presagiar los peligros que la alianza con Prusia implicaba para Austria. En realidad, esta guerra fue un entreacto para la siguiente conflagración.

La Guerra Austro-Prusiana

La Guerra Austro-Prusiana, conocida también como la Guerra de la Siete Semanas, pues duró del 14 de junio al 23 de agosto de 1866, fue el último enfrentamiento de Prusia y Austria y acabó con el dualismo germano. Austria no luchó sola, pues contó con el apoyo de Sajonia, Baviera y Hannover, reinos importantes en la Confederación Germánica. Sin embargo, el ejército prusiano derrotó estrepitosamente a los austriacos en la Batalla de Sadowa del 3 de julio de 1866. Este desenlace representó la desaparición de la Confederación Germánica, la cual era dirigida por Viena, la expulsión de Austria de los asuntos alemanes y la

⁵¹ Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, 572.

⁵² *Ibid.*, 573.

creación, por parte de Bismarck, de la Confederación del Norte de Alemania en 1867. Fue un paso previo a la unificación o, más bien, a la conquista prusiana del resto de Alemania.

El engrandecimiento de Prusia creó un desequilibrio en el continente europeo desfavorable para Francia. Lo anterior reforzó la decisión de Napoleón III de retirar el ejército expedicionario de México. La determinación fue adoptada el 15 de enero de 1866, pero Maximiliano se enteró el 21 de febrero.

Cuando el 9 de agosto arribó la emperatriz Carlota a París con el propósito de que Napoleón suspendiese las órdenes de retirar su ejército de México, no pudo hacerlo en peor momento: hacía apenas un mes de la derrota austriaca en Sadowa. Pese a las dramáticas escenas de Carlota ante Napoleón y Eugenia, ellos ya no querían saber nada de los asuntos de México. El soberano europeo no podía permitir que una tercera parte de su ejército permaneciese allá y dejara desprotegida a la propia Francia, ante una Prusia exultante por el triunfo sobre los austriacos y con su unificación ya muy avanzada. Por otra parte, Seward ejerció presión diplomática sobre el Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, exigiendo la retirada del ejército francés de México. Esta presión se acentuó después de lo ocurrido en Sadowa, pues, como resaltó Carlos Pereyra ya en 1905, en la obra *Juárez, su obra y su tiempo* (de la cual es coautor con Justo Sierra),⁵³ la suerte del Imperio quedó sellada, más que en la caída de Richmond (capital de los confederados), en Sadowa.

Después de su fracaso ante Napoleón III, la infortunada emperatriz experimentó uno más ante el papa Pío IX. En Roma, al constatar la ruina del Imperio por el que tanto había luchado, perdió por completo la razón.

Bismarck fue clemente con Austria. Exigió su exclusión de los asuntos alemanes, la disolución de la Confederación Germánica y que la suerte de los estados alemanes que habían apoyado a Austria en la contienda quedase como asunto exclusivo de Prusia. La Paz de Praga del 23 de agosto de 1866 sentó las bases de conciliación entre los dos Estados.

⁵³ La autoría de por lo menos tres capítulos de esta obra ha sido perfectamente deslindada por Martín Quirarte en su prólogo a *Juárez*, xxxii-xlii.

El declive del Imperio

La caída del Segundo Imperio fue paralela a la reducción del cuerpo diplomático acreditado ante Maximiliano. El único diplomático con el cargo de ministro plenipotenciario que continuó hasta el final fue el marqués de la Ribera, representante de España, siempre ajeno y lejano al círculo imperial. Fueron los representantes de Prusia, von Magnus; de Austria, el barón de Lago; y del Reino de Italia, el marqués de Curtopassi, todos con rangos inferiores, los que intercedieron ante a Juárez en San Luis Potosí tras la sentencia contra el archiduque ya pronunciada por el Consejo de Guerra en Querétaro. Con la muerte de Maximiliano concluyó también la diplomacia del Segundo Imperio.

Su legado

En mi opinión, lo único que subsistió de este episodio en la diplomacia posterior de México fue el interés por parte de Austria y su muy tardío reconocimiento del triunfo de la República. En efecto, fue hasta 1901 cuando se restablecieron las relaciones diplomáticas entre el Imperio Austro-Húngaro y el México del general Porfirio Díaz, quien, según Konrad Ratz, subvencionó en forma discreta la construcción de la Capilla Propiciatoria dedicada a Maximiliano en Querétaro.⁵⁴

⁵⁴ Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido: nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, pról. por Patricia Galeana (Ciudad de México: Conaculta / INAH / Siglo XXI, 2008), 214.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.